



nes constitucionales tan comunes en el país y que tanto nos han alejado de la práctica leal y sincera de nuestras instituciones. Sin que hubiese la falta absoluta de gobernador, seis diputados, entre ellos el electo, nombraron para aquel puesto á D. José María Chávez, quien desde luego tomó posesion de su encargo. Parga siguió desempeñando la secretaría.

El lector conoce á Chávez, pero en mas bajos puestos, y es preciso decir algo mas sobre este hombre con cuya suma honradez solo iguala lo adverso de su hado. Ese hombre encorbado, sin ser viejo aún, de mirada tranquila, de andar mesurado; fanático por la industria, soñador de los progresos de ésta, trabajador incansable; siempre pensativo, meditabundo siempre, parece que escogia para gobernar, las circunstancias mas difíciles y peligrosas. Como Vergniau, como los girondinos compañeros de éste, Chávez revelaba en su fisonomía, en su modo de ser, algo que hacia presentir su fin desgraciado. Era uno de esos seres nacidos para el martirio, para la expiacion de los errores y crímenes de una generacion, de una época.

Chávez fué siempre liberal sin desmentir sus principios religiosos, por lo que era censurado. Los reaccionarios veían en él un hipócrita; los *Clootz* de la época, los liberales exajerados, hubieran querido que abdicara esos sentimientos. Tenia el nuevo gobernante bellas cualidades, pero eclipsadas, oscurecidas por un defecto, la debilidad. La voz pública decia que se dejaba influenciar demasiado por su hermano D. Pablo, hombre franco y leal, pero imprudente y ligero, y por Carrion, tambien imprudente y locuaz, y por desgra-

cia algunos sucesos robustecieron esta opinion. Si es cierto que Chávez cometió errores, estos no fueron hijos de una voluntad depravada, sino de su carácter flexible y de su eleccion desacertada respecto de las personas que le rodearon.

Por otra parte, aquel tiempo era difícil, la situacion era peligrosa y los recursos del Estado insuficientes para cubrir las necesidades, las emergencias de la misma situacion. El país todo estaba convertido en un vasto campamento donde se combatia sin descanso, y ya se anunciaba la Reforma, lo que exacerbaba mas y mas á los reaccionarios. No habia hacienda, ni mas recursos que los muy precarios que proporcionaban los impuestos establecidos, y eso cuando se organizaban un batallon y dos escuadrones. Se temian las resistencias locales, la influencia del clero, la intolerancia de las masas, y al mismo tiempo se obraba con lenidad, se contemporizaba con los enemigos, lo que insolentaba al partido contrario. Y preferible hubiera sido que la moderacion, propia del carácter de Chávez, sellara todos los actos de su administracion, pero no fué así. Mientras él hacia ostentacion de su dulzura, algunos de sus partidarios obraban de distinta manera. El secretario Parga, que jamas tuvo iniciativa y pecó siempre por sus condescendencias, no era el mas á propósito para señalar á Chávez los peligros de la situacion ni mucho menos para hacerle aceptar un camino seguro, una política excenta de temores y vacilaciones. Esto querian los exaltados como Avila, Macías, Alonso, Rosales y otros; esto pedían los muchos jóvenes liberales que se levantaban sedientos de sucesos de sen-

sacion, de violencias y hasta de represalias. Chávez oía á todos, pero á nada se resolvía: no se impuso á unos ni á otros y fué así mas difícil su marcha. No obraba, pero dejaba obrar, y de este modo cosechó los ódios de los enemigos, que debieron recaer sobre otros y no sobre el gobernador.

La misma corriente de los acontecimientos, prescindiendo de las imprudencias cometidas en nombre de Chávez, empeoraba la situacion para éste, moderado y contemporizador en todos sus actos. En el periódico oficial, redactado por su hermano D. Martin W., fogoso jóven de veintitres años, se hablaba en términos que desmentian aquella moderacion; y como el gobernador no corregía la exaltacion de su órgano, aparecia como inconsecuente y falso, puesto que el público creía que eran inspiradas por el gobierno las ideas de su periódico, que solo toleraba. Su otro hermano, D. Pablo, de mucho menos talento que D. José María, ocultaba sus exageraciones ante éste, pero léjos de él hablaba otro lenguaje que era traducido como la expresion sincera de los sentimientos del gobernador.

Y se cometieron acciones que sublevaron los ánimos. Jóvenes imprudentes como D. Luis Aristoarena, D. Juan Romo Aranda, D. Miguel Guinchard, D. José María Peña y otros muchos, á los que se unian gentes del pueblo, seguidas de algunos músicos, recorrían las calles de la ciudad cantando la «China» «El cura de Tamajon», los «Cangrejos» y otras canciones populares, en cuyos versos se hacían alusiones ofensivas á ciertos conservadores, se mencionaban nombres de familias reaccionarias, sin exceptuar á las señoras. Esto

hería el amor propio, exacerbaba el encono, despertaba el ódio de los enemigos que solo esperaba una oportunidad para estallar. De todo esto se hacía responsable á Chávez, que á veces no sabia lo que pasaba. Y lo peor era que mientras los reaccionarios creían ó aparentaban creer que era autor de todo el gobernador, los liberales hablaban de la debilidad de éste, de su insuficiencia, y comenzaron á minar su gobierno, á desprestigiarlo, á hostilizarlo.

Dos acontecimientos ruidosos é injustificables pusieron las cosas en peor estado. Uno de ellos fué cómico, y no por eso dejó de sublevar los ánimos contra el gobernador; fué el otro trágico, y acreció los ódios.

Era comandante de la plaza el jefe fronterizo D. Máximo Campos, rojo descamisado en aquella época, imitador, sin saberlo, de David y de otros revolucionarios franceses. Supo aquel que el cura y doctor Vélez Valle habia predicado contra el partido liberal y dispuso encarcelarlo. Por causa de enfermedad no pudo el cura ocurrir al llamamiento del comandante, y entónces éste mandó una fuerza á la casa de aquel, quien fué conducido á la cárcel, en brazos, y sentado en un sillón. Y ojalá y esto hubiera sido todo! Se befó á ese hombre enfermo por las calles de la ciudad, antes de llevarle al lugar de su prision; se empleó en su contra un lujo de crueldad inaudito, lo que despertó en unos la compasion y en otros el ódio. Chávez puso en libertad al cura, pero ya cuando se habia cometido una arbitrariedad que aquel no pudo evitar, porque no tenia fuerza física para ello, cuando aquel suceso cómico,

pero inhumano y estúpido, había irritado todos los ánimos.

El acontecimiento trágico que indiqué, fué todavía de mas trascendentales consecuencias. Pasaba por Aguascalientes un señor Bustamante, vecino de Chihuahua, á quienes unos juzgaron revolucionario, y otros contrabandista. Por orden de Chávez fué reducido á prision, pero no se le demostró que fuese culpable ni de éste ni de aquel delito. Profesaba sin duda principios políticos contrarios á los del gobierno, pero esto no constituía un crimen. Desgraciadamente llegó Zuazua á la capital del Estado con una brigada respetable, y sin forma de juicio, sin salvar aunque hubiera sido ostensiblemente las fórmulas de la ley, mandó fusilar á Bustamante. Este marchó al patíbulo con una serenidad admirable que debe haber impuesto á sus mismos verdugos y que conmovió á la poblacion; recibió la muerte con un valor de héroe, y para que fuesen mas patéticos los últimos momentos de aquel hombre infortunado, se despidió del público al pié del cadalso, proclamó su inocencia y declaró que perdonaba á los asesinos.....

Júzguese el efecto que produciría esta escena en un pueblo de los sentimientos del de Aguascalientes, cuyos habitantes además eran conservadores en su mayor número. Y ¡notoria injusticia! se inculpó á Chávez mas que á Zuazua; se pretendió que fuese mas culpable quien solo tenía preso á Bustamante, que aquel que le mandó fusilar. Así son las pasiones de los partidos!

A este triste acontecimiento se agregó otro de distinta naturaleza, pero que sirvió para gastar mas el prestigio de Chávez. Sin que éste pudiese impedirlo, el jefe fronterizo impuso un préstamo forzoso al Estado, que el año anterior había satisfecho otros y que estaba por esto demasiado pobre para cubrir el que se le exigía. No obstante, se hizo afectiva la exaccion y Zuazua salió del Estado.

Vuelvo al campo de guerra.

Macías, á quien ayudó eficazmente el gobernador organizó un batallon el cual puso á las órdenes del comandante D. Valente Arteaga, incorporándose á la division de Zaragoza que se dirigió al interior. El cuerpo, entre cuya oficialidad figuraban D. Rafael Medina, D. Ignacio Arteaga, D. Gil Ayala y otros, peleó valientemente en el Corolado y en Calamanda, y fué derrotado despues, como lo fué el ejército de que formaba parte, el memorable 11 de Abril de 1859. Los pocos que escaparon en Tacubaya llegaron dispersos á Aguascalientes el viérnes santo y cuando ya Macías había levantado otro batallon con el que se dirigió á Guajuato, incorporándose á la brigada de Doblado. Peleó el cuerpo en la loma de las Animas y en Leon, siendo derrotada la brigada en los dos puntos, y sosteniendo la retirada en el segundo el batallon de Macías. De allí marchó éste á Pénjamo, formando su cuerpo en la seccion del general Hinojosa.

Chávez había quedado con una pequeña fuerza de infantería y dos escuadrones pésimamente organizados ambos. Uno mandaba Rosales, á quien se destituyó, y otro D. Ramon Martinez de Soto Mayor, un viejo

liberal y patrióta, valiente y desinteresado, que gastó su fortuna en la revolucion, pero incapaz para organizar y disciplinar fuerza armada. D. José María Martínez Valdés, mas tarde coronel, comenzó á figurar como jefe de caballería. Era éste de Calvillo, cuyo partido fué recalcitrante reaccionario, y permaneció separado de Aguascalientes casi todo el tiempo de la revolucion.

D. Jesus Gómez Portugal habia llegado á la capital, nombrado comandante militar por Vidaurri, y su sola presencia dió incremento á la oposicion que desde antes se hacia á Chávez. Se hizo valer entónces la falsa especie de que la debilidad del gobernador y sus contemporizaciones eran causa de que el Estado no cooperase con tropas á la defensa de la legalidad, cuando hemos visto que en cuatro meses habian salido á campaña dos batallones y se organizaba mas fuerza. Gómez pedía sin cesar dinero, armas y hombres; sus partidarios intrigaban, y la dignidad de Chávez se sublevó. Abandonó el gobierno en donde solo cosechó ingratiudes y deslealtades, y Gómez le substituyó, sin que de manera alguna favoreciese la Constitucion su ingreso al poder ejecutivo. Se dió un golpe de Estado, se cometió un acto de usurpacion que solo pudo justificar—si es que las usurpaciones se justifican—el peligro comun. La reaccion habia triunfado en esa época en muchos combates.

Lo raro es que ni los diputados protestaron contra ese atentado de lesa-Constitucion. Estos, los magistrados, los empleados civiles y militares siguieron en sus puestos, y D. Martin W. Chavez, hermano del go-

bernador caído, continuó redactando el periódico oficial en donde se elogiaba á la nueva administracion y se censuraba á la que habia dejado de existir. ¡Hasta dónde llevan al hombre la inexperiencia y las pasiones! El Lic. D. Rafael Solana fué secretario del nuevo gobernante.

Gómez comenzó á levantar el espíritu público, organizó fuerzas, llamó y armó al Club liberal, lo que Chávez descuidó, no obstante haber cooperado á su formacion tres años antes, y ofreció tropas á Degollado. A incorporarse á éste popular y constante caudillo marchó con su batallon el intrépido Macías.

Entónces cambió por completo la faz de la República y la del Estado. D. Santos Degollado, ministro de la guerra y general en jefe, desembarcó en Tampico y allí publicó las leyes de Reforma y una entusiasta proclama que pronto circularon por toda la nacion. En el Estado fueron sancionadas aquellas por Gómez Portugal, contra quien tronaron los insultos de la reaccion y los aplausos de los liberales. Se habia arrojado el guante á las clases privilegiadas, se queria operar la reforma social y política de México; pero esto mismo indicaba claramente que la lucha iba á ser todavía mas obstinada y sangrienta.

Quiso Gómez plantear la reforma, pero la revolucion no se lo permitía. Secularizó un solo fraile de dudosa moralidad y de ninguna instruccion; se establecieron sin éxito las oficinas del registro civil; la avaricia comenzó á convertir en *reformistas* á los que no habian jurado la Constitucion por *herética*. La corriente reaccionaria se desbordaba sobre los Estados del in-

terior, y Aguascalientes iba á ser invadido irremisiblemente, pero éste, como aquellos, se preparaba á resistir. Dedicó Gómez su atencion á organizar tropas y no pudo consolidar la Reforma que se iniciaba, debido á la rebeldía de la reaccion. No quiso aceptar ésta el código de 1857 y dobló la cerviz ante las leyes expedidas en Veracruz. *Feliz rebeldía la de las clases privilegiadas—decia Degollado—que va á producir tal redencion.*

Venia la reforma á ensangrentar mas la lucha, pero se presentia su triunfo: un azar de la guerra podia determinar, como sucedió despues. El clero hacia un soberano esfuerzo y prodigaba sus riquezas para sostener la contienda, mientras sus bienes raíces pasaban al dominio de la nacion, fortalecian al partido liberal, creaban intereses y convertian en amigos de la Reforma á los que habian sido enemigos de la Constitucion. Se repitió en México el 4 de Agosto de la Francia; es decir, se dió el golpe mortal al clero con los recursos del clero. Todo cambiaba desde aquellos momentos por tantos títulos solemnes. No era la lucha solamente contra los hombres de los privilegios, sino contra las preocupaciones de tantos siglos, contra los hábitos de todo un pueblo, contra el fanatismo religioso, contra todo aquello que tan hábilmente habia explotado y seguia explotando la reaccion.

Entre tanto, Woll, general reaccionario, marchaba sobre Aguascalientes con una brillante division, á la que no podia resistir el gobernador D. Jesus Gómez. Dejaba aquel jefe á retaguardia á Degollado, quien recibió un golpe rudísimo en la Estancia de las Vacas, donde fué completamente derrotado el batallon que

mandaba Macías, despues de haber peleado valientemente. Este jefe y los pocos oficiales que escaparon, no solo del combate, sino de la persecucion que despues del desastre les hicieron los pueblos del Bajío, se dirigieron á Coahuila.

Gómez abandonó la capital que ocupó Woll cuando la reaccion estaba sedienta de represalias. Quiso hacer al general instrumento de sus ódios, pero logró muy poco en este respecto. D. Apolonio Castillo, D. Antonio Salas y otros fueron reducidos á prision, no por sus ideas liberales, sino porque no habian enterado las cuotas que se les designaron en calidad de préstamo forzoso. El que esto escribe fué llamado por D. Adrian Woll, reprendido por sus opiniones y puesto en libertad despues de dos horas de detencion. No sufrió entónces el partido liberal; el jefe reaccionario no ejerció venganzas, y abandonó el Estado habiendo nombrado gobernador á D. Miguel Alfaro. (Octubre de 1859.)

Era éste un médico que pertenecia en cuerpo y alma al partido reaccionario mas recalcitrante, pero conservaba amistosas y francas relaciones con muchos liberales. Su familia fué apreciada en la sociedad, lo era él mismo, aun por personas de la clase media y de la ínfima que tuvieron lugar de tratarle, circunstancias que hicieron creer á muchos que por compromisos contraídos ó por otras causas, pero no por convicción, Alfaro era conservador. Sin embargo, mucho esperaban de él los reaccionarios; deseaban la energia, sinónimo de venganza entónces; pero el gobernador no abusó del poder, y en Diciembre del mismo año le sucedió D. José Longinos Rivera, ascendido ya á general.

Rivera había sido prefecto, cabo de la comandancia, jefe de alguno de nuestros batallones y comandante general; tomó parte más ó ménos activa en casi todos los motines militares, y alguna vez, en Zacatecas, se pronunció y *despronunció* el mismo día. Era un verdadero tipo del ejército antiguo, sin convicciones, sin principios. Estuvo en Salamanca al lado de Parrodi, había jurado la Constitución, y sin embargo, poco tiempo despues de aquel suceso figuraba como jefe reaccionario. Permaneció muy poco en el gobierno de donde fué arrojado por la revolucion liberal el 17 de Febrero del siguiente año. (1860) Nada notable hizo: su gobierno fué de transición, y en aquellas circunstancias, casi pasó desapercibido. En cambio, ese gobernante no hizo derramar sangre ni lágrimas.

Cuando Rivera no figuraba en el ejército ó en la administración, se dedicaba al comercio, del que se separaba en el caso contrario. Ese hombre robusto, de baja estatura, de color oscuro, de ojos negros y vivos, de andar ligero, era apreciable por su trato y maneras corteses. El y su familia se distinguían por estas cualidades, por su intachable reputación y hasta por su aire aristocrático. Como jefe, Rivera trataba hasta con finura á la oficialidad; fuera del servicio, la obsequiaba, se igualaba á ella; como autoridad civil, no abusó jamás. La sociedad de Aguascalientes veía bien á ese hombre que no tenía mas defecto que el que era comun al antiguo ejército—el de defeccionar á menudo. Dejó como particular los mejores recuerdos y su muerte fué generalmente sentida.

La salida de Gómez había causado escándalo en la sociedad. Mandó sacar la corona de oro y otras alhajas de la Virgen de la Merced, objetos valiosos que puso bajo la custodia de D. Donaciano Espinosa, fraile secularizado conforme á las leyes de Reforma, que acompañaba al gobernador á la campaña. Además, algunos oficiales, pocos por fortuna, no se distinguían por su moralidad, y no todas las fuerzas se sometían á la disciplina militar. Con ellas llegó á Calvillo, ciudad reaccionaria que sufrió exacciones violentas, creyendo los que entonces gobernaban que así se castigaba mejor la obstinada resistencia de la población que no aceptaba las leyes vigentes ni prestaba obediencia á las autoridades constituidas. Acompañaban al gobernador varios empleados y el patriota club que entonces se llamó de la Reforma, cuya asociación dejó el campo de las discusiones para dirigirse al de los combates.

Llegó la fuerza á Jalpa donde cometieron grandes abusos los oficiales Gregorio Torres y Mónico Arce, á quienes Gómez mandó fusilar, siendo ejecutado el segundo y el primero indultado. Allí se tuvo noticia de la derrota que en la Estancia de las Vacas sufrió el ejército liberal; se nombró en Juchipila teniente coronel y mayor general de la brigada (setecientos hombres) al licenciado D. Trinidad García de la Cadena, y se acordó marchar á Durango.

D. Domingo Cajen, *Pájaro Azul* y otros reaccionarios ó bandidos, salieron á combatir á las fuerzas liberales cerca de Chalchihuites, ya cuando éstas habían aumentado en número en el ataque á Huejuquilla el Al.

to y en el de la hacienda de San Antonio de Pádua. El comandante D. Refugio Pedroza fué á reconocer al enemigo con un piquete de soldados y un esmeril, se batió con él y tuvo que replegarse, haciéndose entónces general el combate que comenzó á las cinco y terminó á las siete de la tarde. Las dos fuerzas se batieron valientemente, distinguiéndose entre otros el comandante D. José María Arellano que desalojó al enemigo de una de sus posiciones, y Gregorio Torres que peleó á la cabeza del cuerpo llamado el Mixto. Se tomaron al enemigo armas, caballos y prisioneros, se alcanzó un triunfo que se manchó con un acto que no solo condenan la filosofía y la humanidad, sino las leyes de la guerra. Fueron fusilados siete prisioneros heridos!

La brigada continuó su marcha á Durango en donde estaban los generales Gonzalez Ortega y Patoni y el ilustrado y patriota coronel jalisciense D. Miguel Cruz-Aedo. Aquellos no querian avanzar con sus fuerzas sobre el interior del país; éste, Gómez y D. Francisco O. Arce, hoy general, pedian con insistencia salir á lidiar. Esta divergencia de opiniones dividió á los jefes y aun á los soldados, lo que dió el mas funesto resultado. El cuerpo que mandaba Cruz-Aedo se sublevó, quiso éste contener el desórden y fué asesinado vilmente en su mismo cuartel; muerte que, segun se dijo entónces, estaba reservada al jefe Arce y á Gómez. Salió éste con sus fuerzas rumbo al Estado de Nuevo Leon, pero en Sierra Hermosa apareció la discordia. Los jefes y oficiales, entre otros Martinez Valdés, Rosales y D. Ignacio Gallegos, desconocieron al gobernador, quien con su escolta al mando de Pedroza y con

algunos subalternos fieles, tomó el camino de Monterey y se incorporó al ejército del Norte. Por aquellos Estados (Nuevo Leon y Coahuila) se encontraban Macías, Paz, D. Valente y D. Ignacio Arteaga, Noriega y otros oficiales y soldados. D. Valente Arteaga era comandante de un cuerpo de infantería que mandaba el teniente coronel D. Fortunato Alcocer, el mismo que despues murió como un héroe en el combate sostenido contra los franceses en el cerro del Borrego.

CAPITULO ORIGINAL